

# “Dice que fue esclava... que siempre ha trabajado...”

## Notas sobre historias laborales desde el Asilo de Mendigos de Buenos Aires en la primera mitad del siglo XIX<sup>1</sup>

GABRIELA MITIDIERI | [gmitidieri@gmail.com](mailto:gmitidieri@gmail.com)  
IIEGE-UBA

VALERIA SILVINA PITA | [vspita@gmail.com](mailto:vspita@gmail.com)  
CONICET/IIEGE-UBA

### | RESUMEN

Este artículo indaga en las huellas de las historias laborales de tres personas que, en el ocaso de sus vidas, fueron depositadas en el Asilo de Mendigos de la Municipalidad de Buenos Aires a fines de la década de 1850. Seguir los rastros del pardo veterano de guerra Juan Manuel Posada, el moreno José Correa y la africana María Capdevila permite preguntar por la trama de relaciones que acompañaron las mudanzas dentro de los mundos del trabajo y por las tensiones sociales, políticas y económicas en la primera mitad del siglo que signaron las vidas de quienes transitaron aquellos tiempos. Al inquirir en sus historias, se vuelven perceptibles jerarquías raciales y de género entrelazadas que asignaron connotaciones diferenciales a las ocupaciones. Es el género como dimensión de análisis el que también permite traer al mundo del trabajo las relaciones familiares, los sitios de morada, los vínculos de pareja y las sociabilidades étnicas, revisando cómo estas incidieron en la organización laboral, en los vínculos y en las relaciones de dependencia.

Al seguir los indicios de María Capdevila, Juan Manuel Posadas y José Correa en diferentes fondos documentales es posible distinguir algunos de los contornos de ciertos mundos del trabajo en un momento en que tanto el trabajo libre como las formas de las dependencias y obligaciones laborales estaban adquiriendo nuevos significados. A la par, sus historias invitan a considerar cuán porosas fueron ciertas fronteras en las formas de ganarse la vida para hombres y mujeres de color, en particular aquellas que separaron tajantemente el trabajo rural del urbano; el oficio artesanal de las tareas del servir, o el trabajo de la pobreza.

**Palabras clave:** historia del trabajo, género, raza, primera mitad siglo XIX

<sup>1</sup> Una versión preliminar de este artículo se presentó en las “VI Jornadas de Estudios Afrolatinoamericanos-GEALA”, realizadas en septiembre de 2019 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. También este escrito se nutrió de los intercambios generados en el Grupo de Historia Social y Género del Instituto de Investigaciones en Estudios de Género (IIEGE) y de la minuciosa lectura que realizó Magdalena Candiotti del mismo.

## "She says was a slave... that she has always worked...". Notes on labor histories from the Asylum for Beggars in Buenos Aires in the first half of the 19th century

### | ABSTRACT

This article investigates the traces of the labor histories of three people who, in the twilight of their lives, were admitted in the Asylum for Beggars of the Municipality of Buenos Aires at the end of the 1850s. Following the traces of the *pardo* war veteran Juan Manuel Posada, the moreno José Correa and the African María Capdevila allow us to ask about the network of relationships that accompanied the changes within the world of work and about the social, political and economic tensions in the first half of the century that marked the lives of those who experienced those times. Inquiring into their histories, it is possible to perceive intertwined racial and gender hierarchies that assigned differential connotations to occupations. It is gender as a dimension of analysis that also allows us to bring family relationships, places of residence, couple ties and ethnic sociability to the world of work, reviewing how these affected the work organization, ties and relationships. of dependency.

By following the footsteps of María Capdevila, Juan Manuel Posadas and José Correa, in different archives it is possible to distinguish some of the contours of certain worlds of work at a time when both free work and the forms of dependencies and labor obligations were acquiring new meanings. At the same time, their stories invite us to consider how porous certain borders were in the ways of earning a living for men and women of color, particularly those that sharply separated rural work from urban work; the craft trade and the tasks of servin or work and poverty

**Keywords:** Labor History, Gender, Race, First Half of the 19th Century

### | Introducción

"Dice que ha sido lavandera, que no tiene parientes, hace un año que ha tenido que mendigar para vivir a consecuencia de sus enfermedades, pero que antes se ha sostenido con su trabajo".<sup>2</sup> Con estas palabras, la africana Ana Gomes quedó registrada a su ingreso en el Asilo de Mendigos de la Municipalidad de Buenos Aires a mediados de 1858. La institución de beneficencia pública —congeniada entre masones, filántropos y políticos liberales— había abierto sus puertas ese mismo año, buscando reunir ahí a quienes deambulaban por la ciudad pidiendo limosna, achacosos, vestidos de modo andrajoso y sin poder comprobar domicilio o trabajo. En sus primeros meses de funcionamiento, a los más de 150 hombres y mujeres que ingresaron se les pidió una serie de datos, como el nombre y la edad, pero entre los que además se consignó "nacido en África", "esclava de...", "liberto en tiempos de Rosas", "negra", "blanca" "morena", "pardo". De nuestra lavandera se escribió —además de su oficio— que contaba con 60 años de edad, que era negra y que padecía de herpes.

<sup>2</sup> Archivo General de la Nación (en adelante, AGN), Documentos Escritos (en adelante, DE), Biblioteca Nacional (en adelante, BN), 342-F8, "Apuntes del movimiento del Asilo de Mendigos de Buenos Aires", por Antonio Píllado, Nº 35, Ana Gomes.

Al leer los registros sobre Gomes y sus compañeros y compañeras de asilo surge una pregunta inicial: ¿cómo esas personas terminaron en un establecimiento de beneficencia? Sin embargo, sus nombres y las referencias que los acompañan revelan dimensiones de sus vidas laborales que registran lo inesperado de ese destino asilar. A diferencia de lo que se podría esperar si nos detuviésemos en ese final en manos de la beneficencia municipal, esos hombres y mujeres no habían vivido sus vidas en los márgenes, de las limosnas, la caridad o la beneficencia; traían consigo ricas experiencias de trabajo y habían contado en el pasado con redes familiares y sociales, lo que vuelve aún más intrigantes sus recorridos y experiencias.

Los indicios que dejaron abren interrogantes sobre ciertos mundos de trabajo impregnados por transformaciones y conflictos legales, políticos y sociales en un momento en que tanto el trabajo libre como las formas de las dependencias y obligaciones laborales estaban adquiriendo nuevos sentidos. ¿Cómo sucedió que el género y la raza fueran parte de las experiencias vividas por quienes atravesaron por distintos estatus legales, ocupaciones, arreglos familiares y desplazamientos territoriales? ¿Cómo unos hombres y mujeres morenos y morenas, pardos y pardas o negros y negras consiguieron su sustento cotidiano y sortearon el peso de patrones o antiguos propietarios? ¿Qué significaba ser moreno, africana o pardo y libre en un tiempo en que aún la esclavitud tenía entidad legal? ¿Qué formas encontraron para moverse de un sitio a otro, adquirir bienes, cambiar de ocupaciones y evadir presiones, dependencias y obstáculos?

El punto de partida de este artículo es la documentación producida por los empleados de la institución municipal, reunida en una especie de cuaderno con referencias sobre quienes llegaron al asilo, como las de la lavandera Ana Gomes. Este funciona como una suerte de caja de indicios sobre trayectorias laborales, redes familiares, recuerdos y juicios de valor, en el ocaso de la vida de unos hombres y mujeres blancos, negros, pardos, morenos (Mitidieri y Pita, 2019). Nuestra apuesta consistió en buscar referencias específicas en otros fondos documentales que permitieron seguir algunos de sus pasos en el tiempo para componer, aun con lagunas e interrogantes, unas líneas sobre sus experiencias sociales de trabajo y la forma en que estas estuvieron signadas por marcas de género y negociaciones racializadas, tratando así de distinguir el carácter construido y disputado de las identidades raciales y genéricas (Walker, 1999; Chambers, 2003; Putnam, 2013; Candiotti, 2019, 2021; Guzmán, 2019, 2021). Seguimos los pasos de tres personas que ingresaron al Asilo de Mendigos para explorar sus historias laborales. La primera se centra en un zapatero pardo y veterano de las guerras de independencia. Sus huellas permiten reconocer algunas de las posibilidades de ganarse la vida entre hombres de color quienes, al ser reclutados para el ejército u otras formaciones militares, dejaron sus oficios, aunque estos hubieran comportado un alto grado de especialización. Dichos corrimientos en las maneras de ganarse la vida —que involucraron el ingreso a un mundo armado, jerarquizado, en movimiento y politizado— invitan a reflexionar sobre los riesgos que corren ciertos focos historiográficos al perder de vista el conjunto de experiencias y tradiciones laborales que marcaron la vida de esos hombres, previo a su paso por las armas. La segunda historia es la de una cocinera que fue esclava de un estanciero de Quilmes. Sus rastros informan sobre unas ocupaciones laborales femeninas en la campaña bonaerense y su traslado a la ciudad. También hace posible interrogar por cómo se entrelazaron trabajo esclavo en la campaña bonaerense y desplazamientos en la vida de ciertas mujeres ocupadas en tareas de servir. El tercer caso nos lleva a seguir unos indicios sobre los trabajos de una pareja de morenos libres que, en la década de 1840, compraron una propiedad en la periferia de la ciudad. Sus transacciones concitan

una pregunta sobre el dinero, los sentidos asignados a la compra y las redes de solidaridad y sostén construidas para asegurar una protección en la vejez que gestaron hombres y mujeres de ascendencia africana, nacidos a comienzos del siglo XIX.

La documentación que estas tres personas dejaron en distintos fondos documentales permite componer una trama de relaciones sociales que acompañó el tránsito de la esclavitud a la libertad e ilumina diversas formas de conseguir el sustento cotidiano. Finalmente, este artículo es una aproximación a un nudo de problemas que atraviesan la historia del trabajo en el siglo XIX, en particular en la primera mitad. Por ello, busca abrir preguntas y convidar a seguir reflexionando sobre un complejo universo de relaciones, experiencias, conflictos y estrategias laborales y de sobrevivencia de hombres y mujeres racializados y racializadas, que vivieron sus vidas en un tiempo cargado de indeterminaciones.

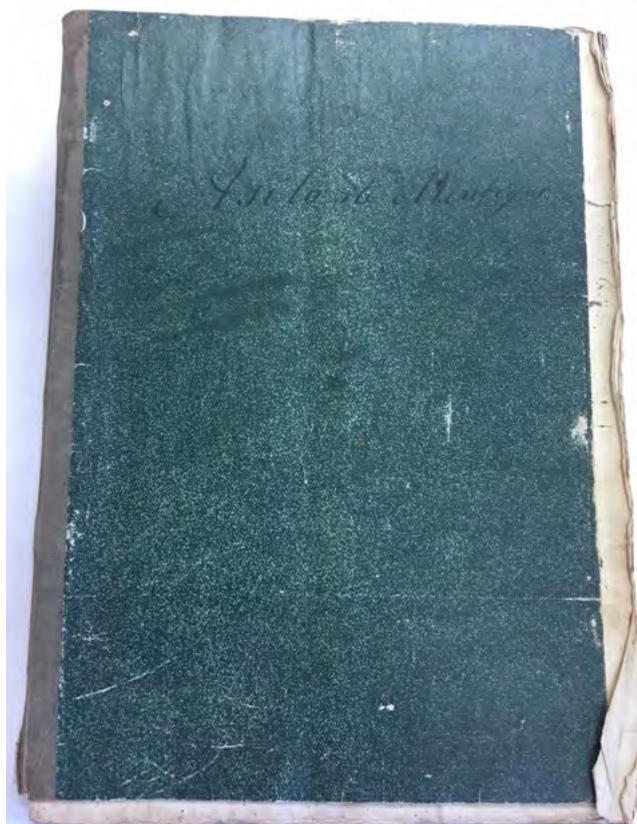


Figura 1. Tapa del cuaderno del Asilo de Mendigos, AGN.

## | De artesanos, ejércitos y precariedades laborales

En 1858, el pardo Juan Manuel Posadas, de ochenta años de edad, llegó por su cuenta al asilo municipal. Tenía en su poder una nota del Departamento de Policía, donde seguramente había solicitado que certificaran su estado de pobreza. Según el empleado que lo recibió, estaba vestido con andrajos

y su estado era "muy achacoso".<sup>3</sup> A pesar de su pobreza y su falta de salud, no tuvo reparos en contar distintos aspectos de su vida. Cuando le preguntaron por su oficio declaró "que siempre he trabajado, tanto en su oficio de zapatero como en otras ocupaciones". Relató también con cierto detalle sus pasos por las armas desde los tiempos de la Revolución de 1810. Había ido al Paraguay "con el difunto Belgrano", en la campaña militar que buscó ganar la lealtad a la causa de Mayo en ese territorio. Luego había subido hasta el Perú "con el mismo Belgrano", donde había ascendido a oficial. Posadas había servido en el Regimiento 6º, conocido también como de Pardos y Morenos libres, y tal como quedó anotado había estado en "las victorias de Tucumán y Salta y también en las derrotas de Vilcapujio, Ayouma y Sipe Sipe".<sup>4</sup> A sus ochenta años, después de haber pasado por penurias y problemas de salud, el anciano enumeró cada uno de los combates en los que había participado. La guerra, las campañas militares y sus ascensos formaron parte central de su relato, constituyendo también parte de sus otras ocupaciones laborales ya que, como oficial en el Perú y luego como teniente del Cuerpo de Inválidos, había recibido paga.

Durante la primera mitad del siglo XIX, la vida militarizada entre hombres pardos, negros, africanos o morenos no fue una excepción. En los ejércitos libertadores, en las montoneras federales y en las filas unitarias, varones jóvenes o adultos racializados de condición libre o esclava aprendieron a disparar y a salvarse de las balas de las tropas enemigas, pero también incorporaron nociones sobre cadenas de mandos y disciplina las que, con distintos tonos, pudieron diferenciarse o no de las formas y experiencias de vida y de trabajo que desempeñaban con anterioridad (Di Meglio, 2006; Fradkin, 2006; Guzmán, 2013). No es posible indicar hasta cuándo Posadas se ocupó en funciones militares. Sus huellas en distintos documentos permiten advertir que este hombre libre, con algunas heridas de guerra, y siendo joven aún, comenzó a ganarse la vida de otras formas.

A inicios de 1820, tuvo una hija que fue bautizada con el nombre de Manuela Libertad. Su nacimiento y sacramento fueron registrados en los libros de la Iglesia de Aránzazu en San Fernando, provincia de Buenos Aires. ¿Qué pistas sobre este hombre libre y de color se esconden en la elección de los nombres de su primogénita? ¿Sería una alusión a su antiguo líder militar, Manuel Belgrano, el bautizarla como Manuela? ¿El conocimiento de la ley de vientre libre de 1813 o la esperanza de que la recién nacida no experimentara la vivencia de la esclavitud de sus padres pudo haber incidido en nombrarla Libertad? Es posible que en el ejercicio de inscribir el nombre de la criatura se hubieran cifrado esperanzas, agradecimientos y distinciones. Gracias al acta bautismal confirmamos el vínculo de Posadas con una esclava llamada Encarnación Castro.<sup>5</sup> Casi cuarenta años después, Juan Manuel contó al empleado municipal que de esa unión nacieron además de Manuela otros siete hijos, seis varones y una mujer más. Con el tiempo, aunque no sabemos cuándo, Juan Manuel pasó a estar conchabado junto a su mujer. En el asiento se lee: "su libreta la tiene una señora llamada Doña Mariquita Manterota, quien

<sup>3</sup> AGN, DE, BN, 342-F8, "Apuntes del movimiento del Asilo de Mendigos de Buenos Aires", por Antonio Pillado, N° 142, Juan Manuel Posadas.

<sup>4</sup> Para un estudio de las redes sociales y las formas de movilidad social dentro del Regimiento 6º de Pardos y Morenos, ver el análisis de Candiotti (2021: 145-160) en torno al vínculo del teniente pardo Antonio Porobio y su esclava, luego manumitida, Francisca Sebastiana, quien lo acompañó al frente de batalla.

<sup>5</sup> "Argentina, Buenos Aires, registros parroquiales, 1635-1981". Base de datos con imágenes *FamilySearch* (<https://familysearch.org/ark:/61903/1:1:QJRM-BZG9: 11/03/2018>), María Manuela Posadas, Baptism 11 Jan 1820, Nuestra Señora de Aránzazu, San Fernando, Buenos Aires, Argentina; citing parroquias Católicas, Buenos Aires (*Catholic Church parishes, Buenos Aires Province*); FHL microfilm 671, 679.

le daba 50 pesos a él y 50 pesos a su señora".<sup>6</sup> Es aun imposible discernir quién fue esta mujer, y —por lo tanto— en qué trabajos había ocupado a Juan Manuel y a su mujer. Tampoco podemos reconocer si este conchabo fue en la ciudad o en sus alrededores o en el campo.

En 1858, Posadas declaró "que vivía con su familia en el barrio de las monjas", en las inmediaciones del Retiro. Pero, la manera en que fue admitido en la institución (pobremente vestido, andrajoso, con un certificado policial de pobreza o una carta recomendando su ingreso) daría cuenta de que este hombre ya no tenía contacto con su familia, ni habitación, ni forma de sobrevivir por su cuenta. Sus hijos, todos con el nombre de Manuel, como él y como Belgrano —según lo anotado— andaban "por ahí sirviendo a la patria". De las mujeres, solo dio sus nombres sin especificar ocupación, morada o algún dato que nos permitiese hallarlas. Tenemos aún menos información sobre su mujer Encarnación, solo su condición de esclava en 1820 y que en algún momento se conchabó con Doña Mariquita. Ninguno de ellos ha sido encontrado en el censo de 1855, que podría dar algún dato de sus residencias, ocupaciones, movimientos. Los indicios que la documentación del asilo propone y la ausencia de referencias en otras series documentales nos invitan a considerar que Juan Manuel había perdido contacto con su familia. Esto implicaría que este hombre debía procurarse el sustento por su propia cuenta, trabajos o limosnas, ya que no contaba con familiares como amparo. Sabemos incluso que el hombre se había acercado hasta la Comisaría de Guerra y Marina, unos meses antes del censo, para solicitar que, en su calidad de veterano del ejército, se le otorgase un uniforme, el cual probablemente sería su única pieza de vestuario en el invierno de 1855. En el mes de agosto, el entonces comisario de Guerra y Marina, Bartolomé Mitre, dispuso que "se entregue al soldado inválido Juan Manuel Posadas" una chaqueta de paño, un pantalón de bayetón, dos camisas, dos calzoncillos y un par de zapatos.<sup>7</sup> Nuestro anciano no logró hacerse con estas ropas y cuando se acomodó en el asilo las suyas estaban totalmente destruidas.

En el censo de la ciudad de 1855, hallamos en la parroquia de San Nicolás a un Manuel Posada en las inmediaciones de lo que él mismo llamó "el barrio de las monjas". Aunque hay una diferencia entre los nombres, en esta cédula quedó escrito Manuel y no Juan Manuel y el apellido fue registrado como Posada en vez de Posadas, entendemos que ahí hay una pista a seguir. Ante el censista, este hombre declaró tener 80 años de edad, ser viudo, oriundo de Buenos Aires y de ocupación changador.<sup>8</sup> Aunque hay semejanzas entre este Manuel y el del asilo, no podemos asegurar que sean la misma persona. Tampoco podemos confiar plenamente en el registro del censista y descartar los parentescos que se presentan entre los Manueles. El Manuel Posada de 1855 es un hombre anciano, que dijo tener la misma edad que tres años después declaró Juan Manuel ante otro funcionario. Esta discrepancia no puede ser considerada a simple vista como la confirmación de que eran personas distintas. En el siglo XIX, hombres y mujeres no siempre tenían la información exacta sobre su edad, su lugar de nacimiento o la parroquia en que habían sido bautizados, entre otros datos. En la década de 1850, la identificación de las personas estaba controlada por determinadas inscripciones en manos de la Iglesia, asientos de bautismos, casamientos, defunciones. Esta documentación asociada a la identidad e identificación de las personas fue variando, registrándose los datos personales de diferente manera. En los papeles de

<sup>6</sup> AGN, DE, BN, 342-F8, "Apuntes del movimiento..."

<sup>7</sup> AGN, Sala III, 9-1-4, Comisaría de Guerra y Marina. Rendiciones de cuentas. 1854-1855. 10/8/1855.

<sup>8</sup> "Argentina, Capital Federal, censo, 1855", *database with images, FamilySearch* (<https://familysearch.org/ark:/61903/3:1:53HT-DC59-76K?cc=1469065&wc=M6P5-7M5%3A45110201%2C45143501> : 19 May 2014), San Nicolas > 13º > image 125 of 300; AGN.

filiación, en los censos o en otros documentos escritos las personas solían ser nombradas de distintas maneras. Así sucedió en 1855 con la cédula censal de Manuel Posada, en la cual los nombres y apellidos de los miembros de la familia del propietario de la casa colectiva que lo tenía como inquilino fueron escritos de modos diversos, quizás guiándose el censista por cómo le resonaron aquellos. En el papel, el dueño del lugar fue anotado como Antonio Leynes, su hija como Juana Leines y la hermana de esta y también hija del propietario como Gregoria Leynes.

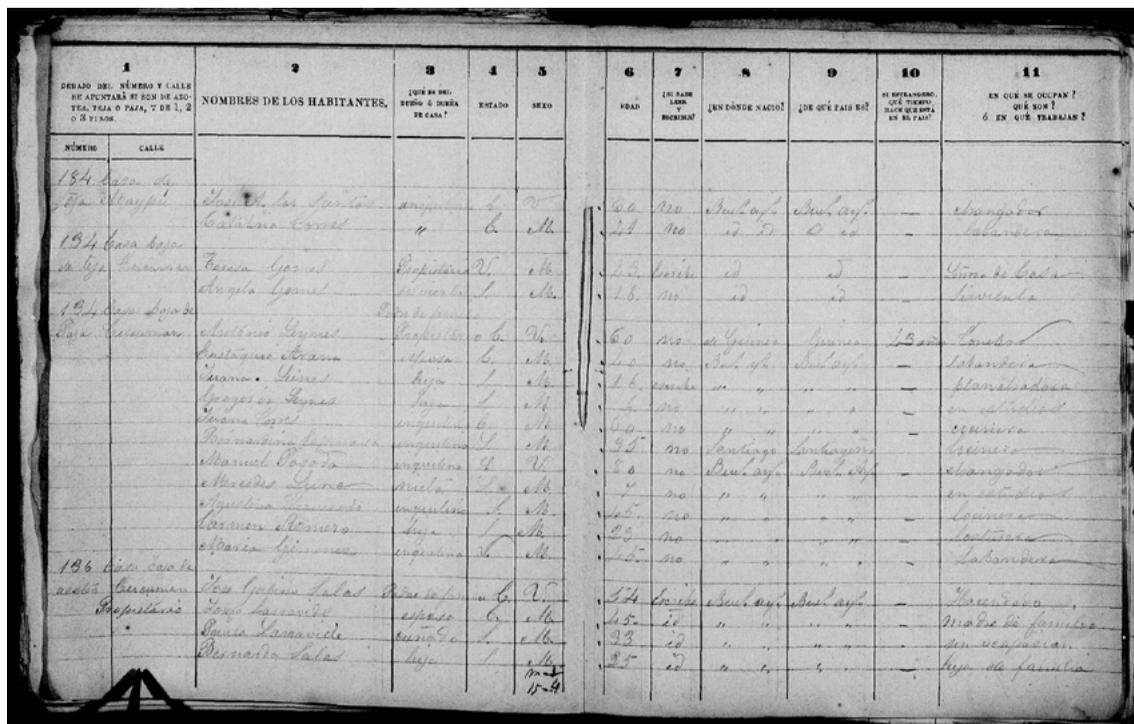


Figura 2. Imagen de la cédula censal donde se registra a un Manuel Posada, 1855, extraída de la base de datos FamilySearch.

Para sumar un poco más a la confusión de la posteridad, en la década de 1880, cuando Gregoria, la hija del propietario contrajo matrimonio, el apellido de ella y de su padre cambiaron en el papel, al ser registrados como Leina.<sup>9</sup> Las personas implicadas en esos papeles no siempre podían confrontar en el acto qué era lo que se había escrito sobre ellas. Juan Manuel Posadas y/o Manuel Posada eran analfabetos como también lo era el propietario de la casa en donde este último alquilaba un sitio para dormir. Aunque no podían asegurarse sobre lo que quedaba escrito, la documentación era de capital importancia en las vidas de las personas, más aún de aquellas que estaban inmersas en relaciones de dependencia. En ocasiones, contar con una nota de identificación podría significar moverse de un lugar a otro con mayor tranquilidad, heredar, demostrar un estatus legal, principalmente la condición

<sup>9</sup> Argentina, Capital Federal, registros parroquiales, 1737-1977, *database with images*, FamilySearch. Disponible en <https://familysearch.org/ark:/61903/3:1:339Z-5CL6-9?cc=1974184&wc=MDBK-STL%3A311514201%2C313891601%2C313690101:19/05/2014>, Ciudad de Buenos Aires > Nuestra Señora de Balvanera > Matrimonios 1886 > image 335 of 564; parroquias Católicas, Buenos Aires (Catholic Church parishes, Buenos Aires).

de libre, poder comprar o vender un inmueble, corroborar una relación laboral, entre otras cuestiones (Scott y Hebrard, 2014; Pita, 2018). Al volver a Juan Manuel nos preguntamos ¿qué datos sobre su persona podrían ser importantes o cuáles tener más peso? ¿Podemos considerar la posibilidad de que una persona mayor como Juan Manuel, cuya capacidad de recordar vuelve hacia una manera de contar un pasado con elocuencia, pueda simultáneamente no saber su edad al pie de la letra? Tal vez, ochenta años no solo serían suficientes sino que además serían muchos para un hombre como Posadas que se había ganado la vida de modos diversos, que había batallado junto a otros pardos, morenos y africanos en unos lejanos combates, que había recorrido sitios disímiles, que había tenido hijos y había perdido contacto con ellos, que había intentado rebuscárselas para sobrevivir y que finalmente cansado o enfermo buscó refugio en la caridad pública.

La europea Lina Beck-Bernard, que vivió unos años en Santa Fe a finales de la década de 1850, escribió sobre su encuentro con una mujer de campo, que tomaba mate y fumaba, y que le pareció "con aspecto de momia", al ser muy anciana:

(...) me acerco a saludarla y me pregunta mi edad. Yo le hago la misma cuestión, pero no puede responderme con exactitud porque ha perdido su *papelito* en tiempos de guerra. (2001: 111)

La señora no sabía su edad y carecía del documento que la indicaba, posiblemente su acta de bautismo. Ante la pregunta de la visitante acerca de cuál era la guerra de la que hablaba, la anciana respondió de un modo que resultó extraño a la mujer, quien sabía leer y escribir y que se ubicaba en el tiempo con el calendario gregoriano.

- ¿Y en qué guerra fue eso, señora?
- En la que hubo cuando don Esteban era gobernador de la provincia.
- ¿Y contra quién era esa guerra?
- Pero contra el general don Francisco.
- ¿Y qué edad tendría usted en esa época?
- Quien sabe, niña, yo era muy vieja; si debo tener más de cien años.

Para Beck-Bernard el intercambio con la anciana hizo que confirmara que en el país abundaban las personas longevas. No nos es posible respaldar abiertamente su percepción. Entendemos que poco importa si la anciana tenía más de cien años, noventa u ochenta años. Esos "más de cien años" invitan a pensar cómo ciertas personas que vivieron entre las últimas décadas del siglo XVIII y la primera mitad del siglo XIX, que carecían de los rudimentos de una educación formal, cuyas vidas transcurrieron en tiempos de movilización y conflictos armados, tenían sus propias versiones sobre el paso del tiempo, la edad y cómo medirla.<sup>10</sup>

Manuel Posada había declarado que tenía 80 años ante el censista en 1855. También respondió que era changador, es decir un trabajo al jornal que no requería de especialización, ni demostraba una relación

<sup>10</sup> Muller calculó para la época del Censo Municipal de 1855 que la esperanza de vida era de 31,6 años para los varones y 32,2 años para las mujeres. Nosotras no respaldamos esta cifra. No obstante, nos permite reconocer que las personas no tenían mayoritariamente una vida longeva.

laboral de dependencia ni estabilidad en el tiempo, del cual se podía entrar y salir para realizar otros trabajos más o menos ocasionales pero que podía haber sido una de las tantas ocupaciones que un hombre podía realizar en Buenos Aires en ese momento o en el pasado. El zapatero, soldado y oficial Juan Manuel no se había detenido a explicar cuáles habían sido las otras ocupaciones con las que se había ganado la vida o esto no fue registrado por decisión del escribiente. La declaración censal de Posada fue tomada en una de las tantas viviendas colectivas en las que trabajadores y trabajadoras moraban en la ciudad. Esta era la casa de un tonelero africano, oriundo de Guinea, en la parroquia de San Nicolás, en las cercanías de la zona reconocida por él como "el barrio de las monjas", donde aquel dijo vivir con su familia. El sitio era una construcción humilde, de techos bajos y de paja. El anciano Posada compartía la estancia con una decena de personas que declararon ser lavanderas, planchadoras, costureras, cocineros. Todos estos trabajos compartían unas características: eran precarios, temporarios, manuales y estaban pobremente retribuidos, a pesar de las destrezas que implicaban. Como otras ocupaciones manuales, estas solían ser ejercidas por personas racializadas.

Al recapitular sobre los indicios que tenemos sobre Posadas, estos permiten entrever algo de su historia laboral y de las maneras en que encaró su supervivencia. Juan Manuel fue un hombre pardo, de condición libre (al menos desde 1810), integrante de dos ejércitos revolucionarios, poseedor de un oficio, el de zapatero, pero también ocupado a lo largo del tiempo en otros trabajos, conchabado en algún sitio de la ciudad o sus alrededores junto a su compañera quien, al menos hasta 1820, era esclava; estas son algunas pistas con las que contamos para componer su historia. De artesano a soldado, de soldado a conchabado, ¿de conchabado a changador?, ¿de changador a veterano de guerra y mendigo? Al conectar estos distintos atisbos se destaca la ausencia de una linealidad y sobre todo la falta de estabilidad en las maneras de ganarse la vida. No obstante, estas fueron la base de la supervivencia de Posadas, quien recién hacia el final de sus días requirió de la beneficencia. Sus huellas también abren preguntas sobre unas experiencias laborales militarizadas por fuera de la idea de tránsito y obligación. ¿Cómo las milicias y los ejércitos se impregnaron de las otras experiencias laborales de hombres y mujeres racializados y racializadas tanto libres como esclavos y esclavas? ¿Cómo lo aprendido en las tropas luego fue resignificado en maneras de ganarse la vida fuera de la vida militarizada? Finalmente, sus pasos invitan a continuar indagando sobre las maneras en que unos hombres y unas mujeres se las ingeniaron para ganarse la vida y cómo sus marcas de color funcionaron, reproduciendo y significando nuevas y antiguas desigualdades, precariedades y dependencias.

## | De cocinera de estancia a las calles de la ciudad

En marzo de 1859, una mujer morena de nombre María Capdevila fue ingresada al asilo. Declaró tener el oficio de cocinera y contar con 60 años de edad. Se dejó constancia de que había nacido en África, que había sido esclava en la estancia de don Pedro Capdevila y que se había casado con un tal Pedro Barragán en la localidad de Quilmes. También quedó registrado que tenía algo de dinero ahorrado en papel y además un real de plata que guardaba entre sus ropas andrajosas.

Un par de meses antes de estas anotaciones, precisamente en noviembre de 1858, miembros de la Sociedad Africana Zongo elevaron un pedido de autorización para realizar elecciones de sus dirigentes.

En los papeles presentados, una María Capdevila figuraba entre sus socios.<sup>11</sup> Estos indicios podrían conectar distintas dimensiones y problemas: el trabajo de mujeres esclavizadas, la conquista de la libertad, el desplazamiento del campo a la ciudad y los espacios racializados de sociabilidad urbana.

María dijo haber sido esclava de Pedro Capdevila y residir "por los Quilmes".<sup>12</sup> ¿Qué sabemos de este sitio y de los trabajos que varones y mujeres desarrollaron ahí? La localidad ubicada en el sudeste sobre la costa del Río de la Plata, a unos 20 km de la ciudad de Buenos Aires, era de antigua ocupación. Pero su importancia económica llegó luego de la Revolución de Mayo, cuando se fraccionaron y entregaron terrenos para la explotación ganadera y el cultivo de hortalizas y cereales, con destino privilegiado al abastecimiento de la ciudad. De las 278 parcelas en las que se subdividió la zona, se beneficiaron unas 248 personas, entre ellas estaba el propietario de María quien, junto a otro hombre de apellido Lima, obtuvo dos chacras cada una de alrededor de 400 m de lado (Santilli, 2012: 57-60). Si bien la mayor parte de la explotación económica se hacía a través del trabajo familiar, Capdevila compró esclavos y esclavas.

En las grandes estancias, la cocina era el lugar privilegiado donde se encontraban en distintos momentos del día peones libres, esclavos y esclavas (Garavaglia, 1999: 55). La cocinera tenía un peso en esas casas de campo, daba de comer a los patrones y sus familias y a quienes trabajaban para ellos. Posiblemente María haya comenzado como ayudante, teniendo en algún momento a otras personas a su cargo. En las estancias los hombres solían ocuparse de las tareas agrícolas y ganaderas alejadas del casco, mientras que las mujeres se dedicaban a la cocina, a la limpieza, al acarreo de agua, al cuidado de los animales de corral y al huerto. No obstante, no es imposible situar unas fronteras más porosas entre tareas entre varones y mujeres. Los trabajos rurales, a diferencia de los urbanos, no sufrieron grandes cambios en la primera mitad del siglo XIX. El cimbronazo de la Revolución de 1810, con sus consecuentes movilizaciones armadas, generó movimientos diversos, Juan Manuel Posadas es un buen ejemplo de aquel proceso. Pero en la campaña, personas negras, pardas y morenas participaron de aquellas movilizaciones en su calidad de libres. Por el contrario, esclavos y esclavas de la campaña fueron eximidos de la leva militar y permanecieron en sitios de trabajo (Giménez, 2020: 124). Es poco lo que se sabe sobre ellos y ellas. María fue una de las tantas personas que habría continuado trabajando en la cocina de un estanciero.

Hacia 1813, cuando se sancionaban medidas tendientes a la abolición de la esclavitud, la explotación de mano de obra esclava en la campaña bonaerense era generalizada y estaba en aumento. En el pueblo de Quilmes y en su campaña, en la primera mitad del siglo XIX, la proporción de personas consignadas en los papeles como negros y negras, pardos y pardas, morenos y morenas sería acotada en comparación con la de la ciudad de Buenos Aires. Hacia 1815, en los papeles se indicaba que 73 habitantes del lugar habían nacido en África: 53 eran varones y 17 eran mujeres (Santilli, 2000: 336). Tal vez entre ellas se encontrara María, aunque no podemos confirmarlo. En esas primeras décadas del siglo XIX, de un total de 1.615 pobladores del lugar, mientras tres cuartas partes eran registradas como blancos, un cuarto integraba un conjunto de varones y mujeres nombrados como negros, pardos e indios. Este último grupo se encontraba conformado por antiguos habitantes que habían sido parte de la reducción

<sup>11</sup> AGN, Sala X, 31-11-5 Sociedades Africanas. Sociedad Africana Zongo. Listado de socios. Buenos Aires, 28/11/1858.

<sup>12</sup> AGN, DE, BN, 342-F8, "Apuntes del movimiento del Asilo de Mendigos de Buenos Aires", por Antonio Pillado, N° 35, María Capdevila.

de los indios Quilmes, trasladados de manera forzosa hacia allí en 1666, pero también por indígenas de reciente migración, dedicados al trabajo rural (ibídem: 348). En otro padrón de población de 1838 se anotó que del total de los 4.351 habitantes había unos 371 negros y pardos (Náñez, 2003: 21). ¿Qué significaba ese número? Aunque a primera vista indicaría algo evidente, una cifra, la misma es opaca, instiga a repensar cómo se registraban las marcas racializadas y de género y cómo fueron variando las distinciones que buscaban reconocer diferencias entre personas blancas, de origen africano o aquellas identificadas como indios. Estas anotaciones son indicios de fórmulas y relaciones que cristalizaron en aquel registro llevado adelante durante la experiencia política rosista, a partir de acuerdos, tensiones y jerarquías. En tal dirección, estos registros invitan a inquirir sobre cómo unos trabajos y unos sitios de trabajo asociados a diversas relaciones de dependencia y estatus legal incidieron en las inscripciones en aquellos padrones. Al volver a la estancia de Pedro Capdevila, es probable que este se haya beneficiado también con la incorporación de algunos indígenas al clausurarse la reducción. Así, su enriquecimiento se sustentó en relaciones sociales de explotación y dependencia en las cuales el color de la piel, el estatus legal y el ser varón o mujer tenían efectos concretos en las vidas de esas trabajadoras y trabajadores, aunque luego esas distinciones se hubieran erosionado en los papeles.

En la década de 1820, Quilmes pasó a ser sede del juzgado de paz del partido. Entre 1820 y mediados de 1830 existió una escuela de primeras letras y en 1830 se hizo una colecta para construir un nuevo templo (Santilli, 2012: 62). En ese pueblo, tal vez, una joven María Capdevila se cruzó con Pedro Barragán, con quien en algún momento se casó. ¿Sería Barragán un antiguo esclavo de la familia Barragán, estirpe de antiguo prestigio en la zona? ¿Habría trabajado quizás para Antonio Barragán, quien fuera alcalde de la hermandad en 1813? (Santilli, 2012: 54). No nos es posible afirmarlo, pero sí sabemos que en un mundo del trabajo de estas características comenzaron su relación Pedro y María. Al ingresar a la institución de beneficencia municipal, María recordó que luego de ser esclava de Capdevila había sido vendida a un gallego al que nombró Don Benito. Carecemos de pruebas que permitan reconstruir cuándo y por qué María fue vendida y si en esta transacción estuvo involucrada la decisión de la esclava de convivir con Pedro. Sí sabemos que en algún momento de los años posteriores, María se trasladó a la ciudad de Buenos Aires.

Aunque en 1854 en el censo policial se halla registrada una María Cadevila, no podemos asegurar si estamos frente a la misma mujer. Las pistas se tornan esquivas, no solo porque los nombres propios no son los mismos sino por otras diferencias, tal como el oficio y la edad. Estamos al tanto por los tribunales civiles de que una mujer de nombre María Capdevila participó de la Sociedad Africana Zongo. ¿Para esta mujer los lazos con la sociedad eran previos o habrían comenzado al desplazarse hacia la capital? Algunos estudios señalan que desde los años 1820 esclavos y esclavas de las estancias de Rosas declararon identificarse con diferentes naciones africanas (Giménez, 2020: 121). ¿Este sería el caso de María? Aunque es imposible aún dar una respuesta, sí se puede indicar que en 1858, miembros de la sociedad Zongo acudieron a la justicia para dejar asentada la realización de una nueva elección de presidente y que de las 28 personas registradas como socios y socias en condiciones de votar, veinte eran mujeres y una de ellas era María.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> AGN, Sala X Sociedades Africanas 31-11-05. Sociedad Africana Zongo. Buenos Aires, noviembre 28 de 1858. Pie de lista del número de Socios que tiene esta Sociedad Africana Zongo en la Casa de su propiedad hoy día de la fecha.

Desde hacía décadas, las sociedades africanas tenían un peso en la vida de quienes las integraban. Ellas reunían fondos de los socios y las socias a través de aportes semanales o mensuales y recolectaban pedidos de limosnas extraordinarias en situaciones de gastos urgentes, tales como aquellos necesarios para el funeral y entierro de alguno de sus socios o socias. Desde los tiempos rivadavianos dichos fondos servían también para comprar la libertad de quienes fueran esclavos o esclavas o para apoyar financieramente algún emprendimiento industrial de algún socio, dineros que luego debían ser devueltos.<sup>14</sup> A mediados de la década de 1850, manumitir ya no sería una prioridad entre aquellas sociedades. También su composición de género había cambiado desde hacía unos años cuando estas asociaciones perdieron a un número importante de sus hombres, reclutados para prestar servicios militares. Esta situación habilitó a que algunas mujeres asumieran el mando de las reuniones, recaudaran cuotas, administraran bienes y propiedades y hasta consiguieran presidir algunas de ellas (Goldberg, 2000: 77). Mujeres en esa posición llegaron incluso a interpelar activamente a funcionarios de policía y hombres de gobierno para dirimir conflictos al interior de sus sociedades (Chamosa, 2003). Pero, además, velaron por mantener sus espacios regulares de bailes y encuentros recreativos para ellas y el resto de los socios (Affonso de Miranda Pereira, 2011).

Desconocemos el rol que ocupó María Capdevila en la Sociedad Zongo. El registro del asilo solo informa que tenía dinero guardado en sus vestidos andrajosos. Esto nos hace pensar que la cocinera de los pagos de Quilmes no requirió de la institución para ser auxiliada económicamente. Tampoco hemos podido averiguar el origen de ese dinero. ¿Sería posible que María lo hubiera ganado a lo largo de los años?, ¿habría comprado su libertad con sus ahorros o con el auxilio de alguna nación africana? Algunos estudios indican que en las zonas rurales algunos esclavos y esclavas recibían dinero por ciertos trabajos realizados (Perri, 2015: 144-152). ¿Este era el caso de María? No sabemos tampoco por qué ese dinero no fue usado para costear el alquiler de un cuarto o para comprar algún vestido menos andrajoso. Sí tenemos conocimiento de que un funcionario municipal encontró a María deambulando por las calles, vio sus ropas harapientas, su estado de vejez y la hizo conducir al asilo.

De otros asilados y asiladas tenemos registro de sus días en la institución, a partir de breves anotaciones hechas en los bordes de las hojas de aquel cuaderno de tapas verdes. Algunos y algunas dejaron el lugar por sus propios medios, otros y otras fallecieron allí. Nada sabemos de María. Tal vez olvidaron anotar el día de su muerte. Quizás intentó reclamar los dineros con los que llegó para volver a su vida anterior o para visitar a sus compañeros de la Sociedad Zongo. A pesar de las ausencias, esta mujer pone de relieve unos movimientos entre el campo y la ciudad y viceversa sobre los cuales es preciso seguir indagando para revisar los modos históricos en que hemos estudiado los desplazamientos, las redes y los trabajos racializados en uno y otro ámbito.

## | Un rancho para vivir (y trabajar)

Cuando el 10 de abril de 1859 José Correa ingresó al Asilo de Mendigos, declaró tener 70 años, ser viudo, y haber nacido en África. Su ocupación era la de jornalero y —según se anotó— padecía de un “vicio

<sup>14</sup> Ver por ejemplo, nota de Martín Larrasmendi, representante de la Sociedad Africana Mozambique, apelando para que se le diera libertad a la presidenta de la Sociedad, Francisca Álvarez, quien fuera detenida acusada de robo durante el saqueo del 4 de febrero de 1852, un día después de la caída de Juan Manuel de Rosas. Ver AGN, Sala X 33-7-9, 1852, f.72. Sobre el saqueo, ver Di Meglio (2017).

orgánico del corazón". En el mismo registro se colocó el día de su muerte, el 21 de abril, once días después de su internación. Antes de morir, lo había visto un médico de apellido Méndez, con quien José habría entrado en confianza como para contarle que su estado de viudez era reciente y que había vendido un rancho y terreno de su propiedad para pagar deudas.<sup>15</sup> El breve intercambio de Correa con el empleado municipal se presta a conjeturar sobre las posibilidades de subsistencia de un moreno libre y de su esposa en la Buenos Aires de la primera mitad del siglo XIX e indagar acerca de cómo consiguieron comprar una propiedad y también cómo la perdieron.

Recurrimos a los registros de justicia para intentar hallar respuestas. Ahí encontramos que en marzo de 1856, José Correa y su esposa Catalina Valverde y Acosta se habían dirigido al Tribunal Civil con la intención de modificar un testamento.<sup>16</sup> En esos años, hombres y mujeres de diferente procedencia, condición legal y posición social solían apelar a aquel para resolver pleitos en materias que —por falta de competencia o por la gravedad del asunto— solían ser propias de la justicia de paz. Las demandas controvertidas o no resueltas por deudas impagas, por reconocimiento de paternidad, por la manutención de los hijos, y pedidos de información que corroboraban la identidad y los conflictos ligados a propiedades se dirimían en las dependencias localizadas en la manzana que también albergaba al Colegio de San Carlos, la Sala de Representantes y la Oficina de Estadística en el centro del casco de la ciudad.

En el expediente que se inició con el caso de Correa y Valverde y Acosta quedó asentado que ambos eran morenos libres, marido y mujer, de edad avanzada, sin descendientes ni ascendientes legítimos o naturales, y que querían revocar aquello que habían protocolizado en 1854. En el papel quedó constancia de que los ancianos justificaron su decisión "con el fin de asegurarnos los buenos oficios y aun la protección de doña Manuela Nuñez"<sup>17</sup> y la habían constituido como única y universal heredera. Los bienes que le legaban se componían de un terreno con un rancho en la calle de Charcas. Para justificar su decisión, expusieron que "han variado mucho las circunstancias, no merecemos ya la misma amistad y deseamos asegurar nuestro bienestar y al efecto es indispensable revocar aquel testamento".<sup>18</sup>

Desconocemos cómo cambiaron las circunstancias de la relación entre Correa, su mujer y Nuñez, ni qué significado le asignaron los morenos al vínculo existente con esta mujer. A lo largo del expediente las referencias a aquella fueron encabezadas con el apelativo de "Doña", vocablo con el que no fueron mencionados ni Correa ni su compañera en ninguna de las fojas selladas de su solicitud. Esta diferenciación puede brindar unas pistas de que existiría una distancia social entre Nuñez y los morenos. Esta estaría basada no solo en las formas protocolares de la deferencia social construida, sino que quizás fuera un indicio de que Manuela Nuñez habría sido identificada como una mujer blanca. Así y todo, existía una relación que los morenos o quienes intermediaron por ellos nombraron como amistad.

En ese acto protocolar parecía consagrarse una especie de acuerdo que implicaba protección o ciertos cuidados mutuos, basados en tareas u obligaciones no igualitarias o recíprocas. La propiedad futura del ranchito, quizá, asegurara la protección de doña Manuela para con dos morenos libres ya ancianos.

<sup>15</sup> AGN, DE, BN, 342-F8, "Apuntes del movimiento del Asilo de Mendigos de Buenos Aires", por Antonio Pillado, N° 138, José Correa.

<sup>16</sup> AGN, Tribunal Civil. 1855, CORREA, José y su esposa, solicitando anular un testamento.

<sup>17</sup> AGN, Tribunal Civil. 1855, CORREA, José y su esposa, solicitando anular un testamento. F.1.

<sup>18</sup> AGN, Tribunal Civil. 1855, CORREA, José y su esposa, solicitando anular un testamento. F.1.

Este tipo de intercambios de prestaciones y obligaciones no era un asunto exótico en esa Buenos Aires e incluso en las décadas anteriores se habían entrelazado con promesas de manumisión. Candiotti estudió experiencias en las que la libertad se concedía a cambio de una determinada cantidad de tiempo en la que el esclavizado o esclavizada se comprometía a trabajar para su amo o ama o incluso situaciones en las que se otorgaba como contrapartida de un cuidado futuro en la vejez (Candiotti, 2021: 124-128). También la investigadora Paulina Alberto indagó cómo la figura de liberta —que incluía a aquellas mujeres nacidas después de 1813, hasta su mayoría de edad— podía en ocasiones ser prolongada con acuerdo de las partes involucradas, como forma de asegurar los cuidados en la vejez de la titular de los derechos de patronato (Alberto, 2020). Negociaciones y disputas como las analizadas por esta investigadora tensionaban los límites entre el trabajo libre y no libre, manumisión y esclavitud, volviendo las fronteras entre estos ambivalentes y porosas. En la experiencia de 1834, analizada por Alberto, no era una expectativa de manumisión lo que motivaba tal acuerdo, si no la posibilidad de la joven liberta Cayetana de recibir una casa de propiedad de la señora Josefa Warnes.

Más próxima a la vivencia de Correa y Catalina, la experiencia de Juana Burgos —otra mujer anciana y pobre que fue ingresada en el Asilo de Mendigos— puede arrojar luz sobre vínculos entre antiguos patrones y patronas y dependientes o personas de distintos sectores sociales envueltas en redes de protección y auxilios basados en relaciones de trabajo y dependencia de larga data. Burgos había trabajado por su cuenta como costurera y planchadora y también como nodriza. De anciana quedó ciega y sin posibilidades de ganar su sustento. Aunque estaba casada y tenía hijos, ellos no se hicieron cargo de su mantenimiento. Fue una de las niñas a quien había amamantado y cuidado en su infancia, quien la auxilió a lo largo del tiempo, hasta su vejez, dándole unos pesos para pagar un lugar donde dormir.<sup>19</sup>

Si Correa y su señora esperaron cuidados de Núñez a cambio de legarle su rancho no lo sabemos. Sí hemos confirmado que este hombre nacido en África adquirió legalmente su propiedad doce años antes de testar y que, según la documentación, ya en ese momento Correa era un moreno libre.<sup>20</sup> ¿Cuánto dinero habría costado esa casita? A fines de la década de 1830, un rancho con terreno en un barrio periférico se valuaba en promedio en \$ 2.286 (Guzmán, T., 2009: 60). En el paisaje habitacional de una periferia popular, ranchos humildes, con techo de paja y paredes de adobe eran habituales (ibídem: 81). Entre 1829 y 1852, existieron alrededor de 1.128 operaciones de compra-venta de inmuebles que dan cuenta de que ciertos negros y negras, pardas y pardos y morenos y morenas de la ciudad lograron ser dueños y dueñas de una propiedad. De algunos testimonios judiciales surge que se trataba de peculios ahorrados (Seoane, 2007: 459). ¿Cuánto tuvieron que trabajar Correa y su mujer para reunir el monto que les permitiera comprar aquel rancho y terreno de la calle Charcas? Al entrar al asilo, José declaró como ocupación la de jornalero. En 1855 el diario *El Nacional* publicó un listado de jornales dividido según las distintas ocupaciones, lo que puede darnos un horizonte más o menos cercano para señalar cuánto se pagaba, y que arroja un parámetro (*El Nacional*, 1/8/1855: 1). En el mismo artículo, se señalaba cuáles de esas actividades percibían remuneración por día o jornal y cuáles por mes. Los jornaleros dedicados a la construcción ganaban alrededor de \$ 25 diarios a mediados del siglo XIX. Aquellos que se empleaban en saladeros, hacían entre \$ 18 y \$ 30. Jornaleros de chacra, destinados a tareas agrícolas, de arado, cosecha

<sup>19</sup> AGN, DE, BN, 342-FB, "Apuntes del movimiento del Asilo de Mendigos de Buenos Aires", por Antonio Pillado, N° 119, Juana Burgos.

<sup>20</sup> AGN, 7, 1844-1847, f.3 v. 4. Otorgada el 15 de enero de 1844. Citado en Seoane (2007: 393).

y siembra, aspiraban a llevarse por jornal entre \$ 12 y 15. Estas cifras indican, más allá de su exactitud, que un jornalero debía trabajar muchos años para ahorrar. Mas sería a lo largo del tiempo y a través de alguno de estos trabajos que José logró reunir el dinero suficiente que le permitió adquirir su terreno de 23 2/3 varas de frente al norte, por "cuadra y media poco más o menos" —unas 210 varas— de fondo, sito en el cuartel 50, calle de Charcas. Desconocemos si al momento de la compra ya habría existido allí su rancho o si habría sido construido con los esfuerzos de la pareja a lo largo de los años durante los cuales permanecieron en aquel sitio. Cuando un censista ingresó al lugar de morada de Juan y Catalina en 1855 dejó constancia de que la casa era de paja y que residían allí José, su esposa y Manuel Balle, un agregado que como ellos era oriundo de África.<sup>21</sup> El dueño de casa señaló que hacía cincuenta años que residía en el país; esto indicaba que su momento de arribo, en su juventud, habría sido en los primeros años del siglo XIX. Tanto José como Manuel declararon oficio de agricultores, probablemente actividad que hubieran puesto en práctica en aquella zona de primeras quintas periurbanas, en la parroquia de Balvanera en donde se encontraba el rancho. También residía en la casa otro matrimonio, Gregorio y María Cornejo y sus tres hijos pequeños. Sabemos que al momento de la venta el rancho era parte de la transacción, por la cual el matrimonio de Juan y Catalina recibió \$ 10.000 corrientes. La operación se concretó en mayo de 1856, tan solo dos meses después de revocado el testamento del matrimonio Correa-Acosta. El nuevo dueño del rancho era un hombre llamado Francisco Fonseca (Rosal, 2009: 8).

| 1      | 2                   | 3                          | 4                                   | 5      | 6       | 7                 | 8               | 9               | 10  | 11  |
|--------|---------------------|----------------------------|-------------------------------------|--------|---------|-------------------|-----------------|-----------------|---|---|
| NUMERO | CALLE               | NOMBRES DE LOS HABITANTES. | EN QUE DEL. PUEB. O BARRIO EN CUAL? | ESTADO | EDAD    | EN QUE MES Y AÑO? | EN DONDE NACIÓ? | DE QUE PAIS ES? | SI TRABAJA, QUE TIPO DE TRABAJO EN EL PAIS? | EN QUE SE OCUPA? QUE SON? O EN QUE TRABAJA? |
| 18.    | Charcas             | Angel Herrera              | propietario                         | C.     | 55 años | si                | B. Ury          | argentina       |   |   |
|        | Casa de paja y piso | Juan Moreno                | arquero                             | C.     | 43.     | si                | Cator bello     | italia          | 5 años                                      | agricultor                                  |
|        | "                   | maria del Carmen           | Esposa                              | C.     | 32      | no                | Cator bello     | italia          | 5   |   |
|        | "                   | ana moreno                 | hija                                | f.     | 7       | no                | Cator bello     | italia          | 5   |   |
|        | "                   | José moreno                | hijo                                | f.     | 2       | no                | B. Ury          | argentina       |   |   |
|        | "                   | luis moreno                | hijo                                | f.     | 1       | no                | B. Ury          | argentina       |   |   |
| 19.    | Charcas             | mariana Bruchel            | propietaria                         | f.     | 60.     | no                | B. Ury          | argentina       |   |   |
|        | Casa de paja y piso | José C. Pacheco            | hijo                                | C.     | 42.     | no                | B. Ury          | argentina       |   | abastecedor                                 |
|        | "                   | Carolina Barmukin          | Esposa                              | f.     | 26.     | no                | B. Ury          | argentina       |   |   |
|        | "                   | Carmen Pacheco             | hija                                | f.     | 2.      | no                | B. Ury          | argentina       |   |   |
|        | "                   | Peter Pacheco              | hija                                | f.     | 5.      | no                | B. Ury          | argentina       |   |   |
|        | "                   | mariana Bruchel            | hija                                | f.     | 1       | no                | B. Ury          | argentina       |   |   |
| 20.    | Charcas             | José Correa                | propietario                         | C.     | 44.     | no                | B. Ury          | argentina       |   |   |
|        | Casa de paja y piso | maria Catalina             | Esposa                              | C.     | 40.     | no                | B. Ury          | argentina       | 50 años                                     | agricultor                                  |
|        | "                   | manuel Balle               | agregado                            | C.     | 40.     | no                | Lubala          | africa          | 40.   | agricultor                                  |
|        | "                   | Gregorio Cornejo           | arquero                             | C.     | 30      | no                | B. Ury          | argentina       | 45.   | agricultor                                  |
|        | "                   | maria del Cornejo          | Esposa                              | C.     | 24      | no                | B. Ury          | argentina       |   | conductor de poste                          |
|        | "                   | mariana Cornejo            | hija                                | f.     | 6       | no                | B. Ury          | argentina       | 10  |   |
|        | "                   | pablo Cornejo              | hijo                                | f.     | 3       | no                | B. Ury          | argentina       |   |   |
|        | "                   | Bernardo Cornejo           | hijo                                | f.     | 2       | no                | B. Ury          | argentina       |   |   |
| 21     | Charcas             | José Santos                | propietario                         | C.     | 52      | si                | B. Ury          | argentina       |   |   |
|        | Casa de paja y piso | Elisavinda aguilera        | Esposa                              | C.     | 43      | si                | B. Ury          | argentina       | 36 años                                     | agricultor                                  |
|        | "                   | Juan pintos                | hermano                             | f.     | 43.     | si                | B. Ury          | argentina       | 36  | botero                                      |

Figura 3. Cédula censal en la que fueron registrados José Correa y su esposa, en el rancho de paja de su propiedad, sito en la calle Charcas N° 20.

<sup>21</sup> Censo de Población de Buenos Aires, 1855, Parroquia de Balvanera, cuartel 50°, cédula 7. <https://www.familysearch.org/ark:/61903/3:1:53HT-C1Q-NJH?i=6&wc=M6P5-3WL%3A45109901%2C45127601&cc=1469065>

Allí donde las trayectorias de José Correa y Catalina Valverde y Acosta se vuelven esquivas, otras historias permiten vislumbrar lo importante de contar con un sitio propio de morada. La morena Margarita Sibellos se acercó en 1857 al Tribunal Civil de la ciudad con el objetivo de certificar que ella era hija de sus padres, quienes le habían legado una casita en la calle Belgrano en la orilla del río.<sup>22</sup> Gracias a este expediente judicial podemos reconstruir algo de la historia de los progenitores de Margarita, quienes habían sido esclavos, habían tenido varios propietarios y habían logrado reunir el dinero suficiente para comprar su libertad y luego un terreno para construir un rancho (Pita, 2018: 138-145). En un sentido semejante al que lo hicieron los morenos libres José y Catalina.

Al momento de llegar al asilo, José Correa no contaba con redes ni recursos. Había enviudado, sus deudas habían desencadenado la venta de su terreno y rancho y la ruptura con Núñez lo habría dejado sin auxilios. Sin embargo, él —como otros hombres y mujeres africanos o descendientes de africanos— vivió su vida esperando tal vez otro final. La importancia que las sociedades africanas tuvieron en la vida de esclavos y esclavas, libertos y libertas es una pieza clave para reflexionar sobre cómo estos espacios forjaron resguardos colectivos que permitieron hacerle frente a momentos de adversidad económica, penurias ante fallecimientos de familiares y también habilitaron posibles redes de amistad y trabajo.

A comienzos del siglo XIX, un hombre llamado José Correa participó de la fundación de la Sociedad Africana Conga.<sup>23</sup> No es posible precisar si sería el mismo José, dueño de un rancho hacia 1844. Un grupo de 21 hombres y 7 mujeres, entre esclavos y esclavas y libertos y libertas, había adquirido un terreno hacia 1809 con un ahorro colectivo hecho a base de dineros que sus amos y amas les daban en ocasiones festivas y "agencias que ellos nos permitían". Es decir, changas, conchabos u otros trabajos que estos hombres y mujeres esclavizados y esclavizadas lograron llevar adelante por fuera de aquellos que debían cumplir para sus amos y amas, hicieron posible la reunión de un peculio que permitió esa compra. Tal como señaláramos al mencionar el posible paso de María Capdevila por una de estas organizaciones, además de fines recreativos las Naciones Africanas, luego llamadas Sociedades, tuvieron distintas metas vinculadas al sostenimiento de sus miembros. Son muchas las lagunas con las que nos encontramos en la reconstrucción de la vida de José. En este recorrido no lineal lo ubicamos tal vez como aquel esclavo que en 1809 habría participado de la fundación de una Sociedad Africana, como jornalero que logró reunir un dinero que le permitió comprar un terreno y un rancho en 1844, como agricultor en el fondo de su casa, como esposo intentando asegurar un retiro amable para él y su compañera, como anciano terminando sus días en el asilo. ¿Habría tenido otras ocupaciones? ¿A qué se habría dedicado Catalina? ¿Qué tipo de vínculos unió a ambos con Doña Manuela Núñez y con Manuel Balle, el agregado que residía en el rancho y faenaba junto con José? Aún no es posible responder estos interrogantes. Pero los indicios hallados son una base para delinear unos contornos históricamente posibles y recuperar algo de las distintas dimensiones que pudieron haberse entramado en la vida de este moreno africano que, como tantos otros, ingresó y salió de distintos sitios y ocupaciones, las que implicaron arreglos, convenciones, dependencias y conflictos.

<sup>22</sup> AGN TC, Legajo 5, N° 50, Margarita Sibello, año 1856, 14 de agosto de 1833.

<sup>23</sup> AGN, Sala X Sociedades Africanas 31-11-05. Sociedad Africana Congo. Solicitud que para ante el Sr. Gefe del Depto. Gral. de Policía eleva la Sociedad Africana Congo.



Figura 4. El epígrafe original de esta imagen fechada en 1870 rezaba "dos morenas representantes del carnaval antiguo". No podemos identificar los nombres de estas dos mujeres ni las circunstancias en las que fueron fotografiadas. No obstante, este registro permite seguir preguntando por sus vidas, sus trabajos y sus expectativas en un mundo no tan lejano al de María y otras trabajadoras que pasaron por el Asilo de Mendigos de Buenos Aires. Departamento de Documentos Fotográficos, AGN.

## | A modo de cierre

Al dar cuenta de algunos indicios sobre las historias laborales y de vida de Juan Manuel Posadas, María Capdevila y José Correa hemos intentado reconocer un abanico de posibilidades históricas en el curso de la primera mitad del siglo XIX para hombres y mujeres, consignadas en la documentación histórica como negras y negros, pardas y pardos o morenas y morenos. Sus vidas, redes, vínculos y experiencias no pueden disociarse de un mundo social en el cual la esclavitud fue no solo una manera de extraer la fuerza de trabajo de las personas, sino un complejo universo de relaciones sociales jerárquicas, desiguales, de autoridad y de tutela, con múltiples implicancias (varias desconocidas y exóticas para nuestra percepción del mundo) en esos convulsionados tiempos. Hemos querido contribuir a la reflexión sobre cómo la raza, el género, el oficio, la familia, el sitio de residencia, la movilización de un lugar a otro y de

un trabajo al siguiente, la guerra, la conquista de la libertad, fueron piezas centrales en las experiencias de esos hombres y esas mujeres, que debieron sortear diariamente y a lo largo del tiempo obstáculos y dificultades para vivir. Al reconstruir algunos hilos de sus trayectorias de trabajo, hemos intentado también situar sus márgenes de acción, permitiendo así armar una historia del trabajo desde abajo de las experiencias de los trabajadores y las trabajadoras.

Creemos que tales experiencias no podrían haberse narrado sin las herramientas que ofrece la historia social en perspectiva de género. No solo por el modo en el que logra enfocar de manera privilegiada en la agencia histórica de mujeres como María, sino también porque hace posible interrogarnos por dimensiones de la vida de las personas que de otra manera permanecerían opacas al análisis. Dimensiones que, en otras agendas historiográficas, suelen ser consignadas como espacios por fuera de la historia, aquí aparecen como aspectos centrales para aproximarnos a los complejos procesos de cambio que experimentaron quienes transitaron la esclavitud, consiguieron su libertad e intentaron ensanchar sus márgenes de autonomía a lo largo de la primera mitad del siglo XIX. Así, esperamos haber demostrado que abordar los mundos del trabajo libre y no libre con preguntas por la familia, las relaciones domésticas, la forma en la que los desplazamientos que implicó la guerra pudieron haber impactado en las relaciones sociales y afectivas, los espacios de sociabilidad y ayuda mutua, las múltiples formas de subsistir que no tuvieron directamente que ver con la obtención de un trabajo asalariado, ofrece una ventana clave para contribuir al conocimiento histórico de las vidas laborales de pardos y pardas, negros y negras y morenos y morenas de Buenos Aires.

Por último, este artículo intentó delinear algunas de las maneras en que unos hombres y unas mujeres que trabajaron diaria o alternadamente y que finalizaron sus días en una institución asilar, vivieron sus vidas intentando ganar autonomía. Tal intento significó en algunos casos comprar su libertad o la de sus compañeras y compañeros, ahorrar para comprar un sitio de habitación, moverse del campo a la ciudad, tener una familia. Aún queda mucho por indagar para reconstruir unos mundos laborales en un tiempo y lugar con acotadas posibilidades de movilidad social, donde la persistencia de relaciones de dependencia fue una constante a pesar de que los marcos legales trocasen.

## | Bibliografía

- Affonso de Miranda Pereira, L. (2011). Do Congo ao Tango: associativismo, lazer e identidades entre os afro-portenhos na segunda metade do século XIX. *Revista Mundos do Trabalho*, 3 (6): 30-51.
- Alberto, P. (2020). Libertad por oficio: negociando los términos del trabajo no libre en Buenos Aires en el contexto de abolición gradual, 1820-1830. En Guzmán, F. y Ghidoli, M. L. (eds.). *El asedio a la libertad. Abolición y posabolición de la esclavitud en el Cono Sur*. Buenos Aires, Biblos.
- Beck-Bernard, L. (2001[1864]). *El Río Paraná. Cinco años en la Confederación Argentina, 1857-1862*. Buenos Aires, Emecé.
- Candioti, M. (2016). Hacia una historia de la esclavitud y la abolición en la ciudad de Santa Fe, 1810-1853. En Guzmán, F. et al., *Cartografías afrolatinoamericanas: perspectivas situadas desde la Argentina*. Buenos Aires, Biblos.

- ———. (2017). Ciudadanos negros en el Río de la Plata. Repensar la inclusión política de los emancipados entre la revolución y la constitución. *Revista Estudios Sociales*, 53: 183-213.
- ———. (2019). "El tiempo de los libertos": conflictos y litigación en torno a la ley de vientre libre en el Río de la Plata (1813-1860). *História (São Paulo)*, vol. 38.
- ———. (2021). *Una historia de la emancipación negra. Esclavitud y abolición en la Argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Chambers, S. (2003). *De súbditos a ciudadanos: honor, género y política en Arequipa, 1780-1854*. Lima, Ed. Red para el desarrollo de las ciencias sociales en el Perú.
- Chamosa, O. (2003). "To honor the ashes of their forebears": the rise and crisis of african nations in the post-independence state of Buenos Aires, 1820-1860. *The Americas: A quarterly review of inter-american cultural history*, 59 (3).
- Di Meglio, G. (2006). *¡Viva el bajo pueblo! La plebe urbana de Buenos Aires y la política entre la Revolución de Mayo y el rosismo*. Buenos Aires, Prometeo.
- ———. (2017). El saqueo y la muerte. El día después de la batalla de Caseros en Buenos Aires. En Di Meglio, G. y Serulnikov, S. (eds.). *La larga historia de los saqueos en la Argentina. De la Independencia a nuestros días*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Fradkin, R. (2006). *La historia de una montonera: bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Garavaglia, J. C. (1999). Ámbitos, vínculos y cuerpos. La campaña bonaerense de vieja colonización. En Devoto, F. y Madero, M. (dirs.). *Historia de la vida privada en la Argentina. País antiguo. De la colonia a 1870*. Buenos Aires, Taurus.
- Garavaglia, J. C. y Gelman, J. (1998). Mucha tierra y poca gente: un nuevo balance historiográfico de la historia rural platense (1750-1850). *Revista Historia Agraria*, 15: 29-50.
- Giménez, G. (2020). ¡33 de mano! Los esclavos de rosas. Una opción ante la escasez de mano de obra a mediados de la década de 1820. *Urbanía. Revista latinoamericana de arqueología e historia de las ciudades*, 9: 111-131.
- Goldberg, M. (2000). Las afroargentinas. 1750-1880. En Gil Lozano, F.; Pita, V. e Ini, S. (dirs.). *Historia de las mujeres en la Argentina*, Tomo I, pp.71-73. Buenos Aires, Taurus.
- Guzmán, F. (2013). Afroargentinos, guerra y política, durante las primeras décadas del siglo XIX. Una aproximación hacia una historia social de la revolución. *Revista Estudios Históricos CDHRPyB*, 11.
- ———. (2018). ¡Madres negras tenían que ser! Maternidad, emancipación y trabajo en tiempos de cambios y transformaciones (Buenos Aires, 1800-1830). *Tempo*, 24 (3): 450-473.
- ———. (2021). ¿Quiénes son los trigueños? Análisis de una categoría racial intersticial (1810-1830). *Memoria Americana. Cuadernos De Etnohistoria*, 29(1).
- Guzmán, T. (2009). La distribución de la riqueza en la ciudad de Buenos Aires hacia 1839. Una aproximación a través de la contribución directa. Tesis de licenciatura en Historia. Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Mitidieri, G. y Pita, V. (2019). Trabajadoras, artesanos y mendigos. Una aproximación a las experiencias sociales de trabajo y pobreza en la Buenos Aires de la primera mitad del siglo XIX. *Anuario Del Instituto De Historia Argentina*, 19(1). DOI: <https://doi.org/10.24215/2314257Xe083>

- Nández, G. (2003). *Los negros en la campaña bonaerense*. Disponible en: [http://www.elortiba.org/old/pdf/Los\\_negros\\_en\\_la\\_campania\\_bsas.pdf](http://www.elortiba.org/old/pdf/Los_negros_en_la_campania_bsas.pdf)
- Perri, G. (2015). El trabajo y los trabajadores en el mundo rural durante una época de transición. Buenos Aires, 1780-1830. Tesis doctoral en Historia. Sevilla, Universidad Pablo de Olavide de Sevilla.
- Pita, V. (2018). Auxilios, costuras y limosnas. Una aproximación a las estrategias de sobrevivencia de trabajadoras pobres en la ciudad de Buenos Aires. 1852-1870. *Estudios del ISHiR*, 20: 135-151.
- Putnam, L. (2013) *Género, poder y migración en el Caribe costarricense 1870-1960*. San José de Costa Rica, INAMU.
- Rosal, M. A. (2009). Diversos aspectos atinentes a la situación de los afroporteños derivados del estudio de testamentos de morenos y pardos, 1852-1860. Ponencia presentada en las “Segundas Jornadas Nacionales de Historia Social”. La Falda.
- Santilli, D. (2012). *Quilmes: Una historia social. I. Desde la reducción hasta la caída del rosismo. La historia vista desde los pobres*. Buenos Aires, El Monje Editor, Colección Nuestra Historia.
- ———. (2000). Población y relaciones en la inmediata campaña de la ciudad de Buenos Aires. Un estudio de caso: Quilmes 1815-1840. *Anuario del IEHS*, 15: 315-351.
- Scott, R. y Herbrard, J. (2014). *Freedom Papers. An Atlantic Odyssey in the Age of Emancipation*. Cambridge, Harvard University Press.
- Seoane, M. I. (2007). La participación de los afroporteños en los negocios inmobiliarios urbanos en el período federal. *Revista de Historia del Derecho*, 35: 389-455.
- Walker, Ch. (1999). *De Túpac Amaru a Gamarra: Cusco y la formación del Perú republicano, 1780-1840*. Lima, Fondo Editorial UCP.